

082. Jesucristo, el pobre

Todos sabemos que Jesucristo nació en una cueva de animales, que trabajó en un modesto taller de carpintería, que murió desnudo en una cruz, y que hubieron de prestarle un sepulcro donde poder reposar su cadáver. Perfecto. Pero, ¿nos hemos puesto a discurrir *por qué* quiso Jesús ser tan pobre?

San Pablo tiene una respuesta categórica: *-Se hizo pobre por nosotros, para que nosotros nos hiciéramos ricos con su pobreza (2Corintios 8,9)*

Muy bien. Ahora, nos vamos a figurar algunas cosas diversas de lo que dice el Evangelio.

Por ejemplo, que Jesús nació en el suntuoso palacio que Herodes tenía a la vista de Belén; que Jesús poseía los bosques del Líbano y de Tiro, para comerciar con maderas y amasar una gran fortuna; que Jesús veraneaba en balnearios termales de Jericó; y que, finalmente, Jesús murió en el otro palacio, fastuoso, construido por Herodes en Jerusalén.

Vamos a suponer esto, para preguntarnos ahora:

-¿Qué autoridad hubiera tenido Jesús al anunciar el Evangelio de Dios, para la salvación del mundo? ¿Quiénes lo hubieran aceptado? ¿Quiénes le hubieran seguido ya entonces?...

Y mirando al mundo de hoy, el de las grandes revoluciones sociales: *-¿Qué títulos ostentaría su Iglesia al presentar a Jesús, su Fundador, como líder de la causa del pueblo? ¿Habría alguien que haría caso a aquel Jesús de hace dos mil años, y hoy a esa Iglesia de Cristo?...*

A todas estas cuestiones, podemos responder sin miedo a equivocarnos:

- Un Jesucristo rico, no le hubiera interesado entonces a nadie. Un Jesucristo rico, hoy sería rechazado. Un Jesucristo rico, no hubiera sido jamás el líder que necesita el mundo.

Porque los pobres —que forman hoy y formarán siempre la mayor parte del pueblo— le tendrían, a lo más, respeto, pero nunca amor; por la sencilla razón de que el pretendido líder nunca iba a ser como los pobres, ni los pobres llegarían a ser como el líder.

Por otra parte, los ricos tendrían siempre justificada su riqueza, no significaría nada compartirla con los pobres, y nunca se habría hallado remedio alguno contra la injusticia social, ni entonces ni ahora.

El Hijo de Dios, que ha podido escoger y organizar su vida en la tierra antes de hacerse hombre, ha sabido ordenarla bien para nacer de familia pobre, vivir pobremente, y morir pobrísimo.

Así ha tenido autoridad plena para ser aceptado cuando proclama: *“¡Dichosos los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!”*.

Y podría hablar de sí mismo Jesús: *-Para que nadie me diga: “¡Maestro, empieza por ti mismo!”*, yo les puedo asegurar a todos que *las zorras tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, mientras que yo no tengo dónde reclinar la cabeza...* (Lucas 9,58)

Jesús sabía como nadie lo que es el oro en el mundo: es el que cierra los ojos para no ver a Dios, ni la justicia, ni el amor. Lo demostró con un gesto que se ha hecho famoso aquel Arzobispo y Cardenal (Wisseman)

Entre unos amigos de alta sociedad, uno se empeña en negar la existencia de Dios. - *¡No! Yo no creo. Yo no puedo creer en Dios.* Todos callan, nadie asiente, aunque tampoco sabe responderle nadie. Pero el Cardenal, más listo y más valiente, toma una libreta, escribe una palabra que nadie ha podido leer, la cubre con una moneda de oro, y se la presenta al pretendido ateo, con esta pregunta: -*¿Puede decirme qué ve usted aquí?* El incrédulo se entusiasma: -*¡Oh! ¿Qué quiere que yo vea? ¡Oro! ¡Una moneda de oro!...* El Cardenal retira la moneda, y le invita de nuevo: -*¿Puede decirme qué ve usted ahora?...* El interlocutor enmudece, pues no es ningún tonto. Aunque, por cortesía, ha de leer en voz alta la palabra escrita con tanta intención por el Cardenal: DIOS.

La incredulidad, la injusticia, el desenfreno de la vida, no tienen otro padre reconocido sino el egoísmo y la avaricia. El oro no deja ver ni a Dios, ni a los pobres que piden amor.

¿Qué remedio encontrará el Salvador del mundo, qué ofrecerá a los pobres y a los ricos? Para autorizarse a Sí mismo; para enseñar los valores de la pobreza; para corregir los males derivados del mucho dinero; para que Dios no quede relegado en un rincón bajo montones de oro..., Jesús se abraza con la pobreza, y hace de la pobreza el programa de su vida. Vive vacío de los bienes de la tierra, para vivir lleno sólo de los bienes de Dios. A sus seguidores les puede decir, porque lo vive Él mismo:

- no tengan otro Banco, sino la Providencia de Dios;
- no tengan otro tesoro que la fe;
- no tengan otro seguro de vida que la confianza en su Padre del Cielo;
- no tengan otro negocio a que dedicarse, sino el negocio del alma: llenarse de tesoros que vayan colocando allá arriba, donde ni entran los ladrones ni la polilla los corroe...

Jesús, con su pobreza, consagra el trabajo, porque Él, para vivir, ha de trabajar como cualquier pobre, pues no cuenta con otra fuente de ingresos que el esfuerzo de sus brazos.

Jesús, con su pobreza, al solidarizarse con los pobres, es la denuncia evangélica de la posesión injusta de la riqueza, pues no puede poseerse con egoísmo —contrario totalmente al precepto del amor— cuando existen muchos necesitados a nuestro alrededor.

San Pablo dijo que Jesús se hizo pobre para enriquecernos. Realmente, aunque no hubiera sido más que su gesto profético lo que Jesús nos dejara con su elección de la pobreza para su propia vida, ya hubiera hecho por los pobres más que todos los revolucionarios, economistas, sociólogos y políticos juntos. Y lo hizo, porque sabía más que nadie, y era más generoso que nadie...